

## LA TORMENTA DE HOJAS

**H**ACE mucho tiempo que Zanahoria, soñador, está observando la hoja más alta del álamo más crecido. Pensando en las musarañas, espera que se mueva.

Parece estar desprendida del árbol, vivir aparte, sola, sin cabo, libre.

Cada día vienen a dorarla el primero y el último rayo del sol.

Desde que el día media, permanece en una inmovilidad de muerte, más bien mancha que hoja, y Zanahoria pierde la paciencia, intranquilo, hasta que, por último, la hojita hace una seña.

## ZANAHORIA

Debajo, una hojita próxima hace la misma seña. Otras la repiten, se la comunican a las hojas vecinas, que la transmiten rápidamente.

Y es una señal de alarma, porque en el horizonte se muestra la orla de un casquete pardo.

¡Ya el álamo tiembla! Pugna por moverse, por quitarse de encima las pesadas capas de aire que le molestan.

Su inquietud se apodera del haya, de una encina, de los castaños, y todos los árboles del jardín se van avisando con gestos que en el cielo el casquete se ensancha, echando hacia adelante su borde neto y sombrío.

Primero excitan sus ramas finas y mandan callar a los pájaros: al mirlo, que lanzaba una nota a la ventura, como un guisante crudo; a la tórtola, a quien Zana-

ria veía, un momento ha, verter a sacudidas los arrullos de su garganta pintada; y a la urraca, insoportable con esa cola de urraca.

Después ponen en movimiento sus gruesos tentáculos para asustar al enemigo.

El lívido casquete avanza en su invasión lenta.

Llega poco a poco a abovedar el cielo. Acorrala su azul, tapa los agujeros que pudieran dar paso al aire, lo dispone todo para sofocar a Zanahoria. Diríase a veces que flaquea de su propio peso y que va a caer sobre el pueblo; pero se detiene en la punta del campanario, por miedo de hacerse un desgarrón.

Vedlo tan cerca, que, sin más provocaciones, empieza el pánico, se levantan los clamores.

Mezclan los árboles sus masas confusas

y encolerizadas, en el fondo de las cuales Zanahoria se imagina unos nidos llenos de ojitos redondos y picos blancos. Las copas ceden y tornan a enderezarse, como cabezas bruscamente despiertas. Vuelan a bandadas las hojas, para volver en seguida, temerosas, amansadas, e intentan pegarse otra vez al árbol. Las de la acacia, leves, suspiran; las del abedul despellado se quejan; silban las del castaño, y las aristoloquias trepadoras chapotean persiguiéndose por la pared.

Más abajo, los manzanos rechonchos sacuden sus manzanas, dando golpes sordos en el suelo.

Más abajo, los groselleros sangran en gotitas rojas, y los uvaespinos en gotas de tinta.

Y más abajo, las coles borrachas agitan sus orejas de burro, y las cebollas lo-

gradas chocan entre sí, rompiendo sus bolas hinchadas de semilla.

¿Por qué? ¿Qué les pasa? ¿Qué quiere decir esto? No truena, no graniza; ni un relámpago, ni una gota de lluvia. Pero la negrura tempestuosa de arriba, la obscuridad callada en mitad del día, es lo que les vuelve locos, lo que espanta a Zanahoria.

Ya todo el casquete se ha desplegado bajo el sol escondido.

Se mueve, Zanahoria lo sabe; se desliza, y como está hecho de nubes movibles, acabará por huir; volverá a verse el sol. Pero, aunque sirve de techumbre a todo el cielo, le oprime la cabeza por la frente. Cierra los ojos, y le venda dolorosamente los párpados.

Métese también los dedos en los oídos; pero la tempestad se le entra en casa des-

de afuera, con sus gritos, con su torbellino.

Recoge su corazón como un papel tirado en la calle.

Lo arruga, lo aprieta, lo echa a rodar, lo reduce.

Y pronto a Zanahoria ya no le queda más que una bolita de corazón.

## LA REBELIÓN

### I

LA SEÑORA DE LEPIC

**Z**ANAHORIA, hijito mío, haz el favor de ir a traerme del molino una libra de manteca. Anda corriendo. Te esperamos para sentarnos a la mesa.

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Por qué me dices: «No, mamá»? Anda, que te esperamos.

ZANAHORIA

ZANAHORIA

No, mamá, no voy al molino.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Cómo! ¿Que no vas al molino? ¿Qué dices? ¿Quién te pregunta?... Pero ¿estás soñando?

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Vamos a ver, Zanahoria; estoy turulata. Te mando que vayas en seguida a traer del molino una libra de manteca.

ZANAHORIA

Ya lo he oído. No voy.

LA SEÑORA DE LEPIC

Entonces, ¿soy yo la que está soñando?  
¿Qué es lo que pasa? Por primera vez en  
tu vida te niegas a obedecerme.

ZANAHORIA

Sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Te niegas a obedecer a tu madre?

ZANAHORIA

Sí, mamá; a mi madre.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡No faltaba más! ¡Me gustaría verlo!  
¿Vas a echar a correr?

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quieres callarte y echar a correr?

ZANAHORIA

Me callo, sin echar a correr.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quieres irte volando con este plato?

II

Zanahoria se calla y no se menea.

—¡Esto es una revolución!—exclama la  
señora de Lepic en lo alto de la escalera,  
levantando los brazos.

En efecto: es la primera vez que Zanahoria le dice que no. ¡Y si ella le molestase! ¡Si estuviera jugando! Pero no: sentado en el suelo, daba vueltas a los pulgares, levantaba las narices al viento y cerraba los ojos para tenerlos calientes. Y ahora se la queda mirando con la cabeza alta. No lo entiende. Llama que venga gente, como pidiendo socorro:

—¡Ernestina, Félix, que hay novedades! ¡Venid a verlo con vuestro padre, y que venga Águeda también! Nadie está de más.

Y hasta las escasas personas que cruzan por la calle pueden pararse.

Zanahoria está de pie en medio del patio, a distancia, sorprendido de su firmeza frente al peligro, y más asombrado de que a la señora de Lepic no se le ocurra pegarle. Tan grave es el momento, que pier-

de sus facultades. Renuncia a sus ademanes acostumbrados de intimidación, a la mirada aguda y ardiente como un pincho al rojo. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, los labios se despegan por la presión de una rabia interna que se escapa con un silbido.

—Amigos míos—dice,—he rogado con urbanidad a Zanahoria que me hiciera un favor insignificante: que se llegara de paseo hasta el molino. ¿Adivináis lo que me ha contestado? Preguntádselo, para que no creáis que soy yo quien lo inventa.

Todos adivinan, y su actitud dispensa a Zanahoria de la repetición.

Ernestina, cariñosa, se le acerca y le dice por lo bajo, al oído:

—Ándate con cuidado, que lo vas a pasar mal. Obedece; haz caso a tu hermana, que te quiere.

Félix, el hermano mayor, se figura estar en el teatro. No le cedería el puesto a nadie. No se para a pensar que si Zanahoria se niega, parte de los recados tendrá que hacerlos en adelante, como es justo, el hermano mayor. Pero más bien le anima. Ayer le menospreciaba, llamándole gallina. Hoy le mira como a un igual y le toma en consideración. Da zancadas y la goza de firme.

—Puesto que ha llegado el fin del mundo al revés—dice la señora de Lepic,—yo no tengo ya nada que hacer, y me retiro. Cedo a otro la palabra para que se encargue de domar a la fiera. Dejo al hijo enfrente del padre. ¡Allá se las arreglen!

—Papá—dice Zanahoria en plena crisis, con voz estrangulada, porque aun no tiene costumbre,—si exiges que vaya a traer del molino esa libra de manteca, iré por

ti, pero sólo por ti. Lo que es por mi madre, me niego.

Al señor Lepic más le fastidia que le halaga, al parecer, tal preferencia. Le molesta ejercer de ese modo su autoridad, porque una galería le invite a ello, a propósito de una libra de manteca.

Da disgustado algunos pasos por la hierba, se encoge de hombros, vuelve la espalda, y se mete en la casa otra vez.

Provisionalmente, las cosas no pasan adelante.

## PARA TERMINAR

**P**OR la noche, después de la comida, a que no asiste, por hallarse enferma y en cama, la señora de Lepic, todos han permanecido callados, no sólo por costumbre, sino también por desazón. El señor Lepic hace un nudo a su servilleta, la tira encima de la mesa, y dice:

—¿No hay nadie que venga a darme un paseo conmigo por la carretera vieja?

Zanahoria comprende que aquél es el modo escogido por el señor Lepic para invitarle. Se levanta igualmente, arrima la

## ZANAHORIA

silla a la pared, como hace siempre, y sigue dócilmente a su padre.

Primero caminan silenciosos. La pregunta inevitable no surge de pronto. Zanahoria, con la imaginación, se ejercita en adivinarla y contestarla. Ya está dispuesto. Sacudido firmemente, nada echa de menos. Ha sentido en aquel día tal emoción, que no teme pasar por otra más fuerte. Y hasta el sonido de la voz del señor Lepic, al decidirse, le tranquiliza.

## EL SEÑOR LEPIC

¿A qué esperas para explicarme tu conducta reciente, que tanto disgusta a tu madre?

## ZANAHORIA

Querido papá, mucho tiempo he vaci-



lado; pero era preciso acabar de una vez.  
Lo confieso: no quiero a mamá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah! ¿Y por qué? ¿Desde cuándo?

ZANAHORIA

Por todo. Desde que la conozco.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, qué desgracia, hijo mío! Pero, si-  
quiera, cuéntame lo que te ha hecho.

ZANAHORIA

Sería largo de contar. Y, además, ¿no te  
das tú cuenta?

EL SEÑOR LEPIC

Sí; he notado que estabas de hocico muy  
a menudo.

ZANAHORIA

Me exaspera que me digan que estoy de  
hocico. Es natural: Zanahoria no puede  
tener un rencor serio. ¿Se pone de hocico?  
Hay que dejarle. Cuando se le haya pasa-  
do, saldrá del rincón tranquilo, satisfecho.  
Pero, sobre todo, haced como si no os ocu-  
parais de él. No tiene importancia... Per-  
dona, papá: no deja de tener importancia  
más que para los padres y los extraños.  
A veces me pongo de hocico, lo confieso,  
en cuanto a la forma; pero también ocu-  
rre, te lo aseguro, que rabio con toda la  
energía de mi corazón, y que no se me ol-  
vida nunca la ofensa.

EL SEÑOR LEPIC

¡Sí, hombre, sí; esas chinchorrerías se te  
olvidarán!

ZANAHORIA

¡No, hombre, no! Tú no lo sabes todo:  
¡estás en casa tan poco tiempo!...

EL SEÑOR LEPIC

Tengo que viajar.

ZANAHORIA

*(En tono de suficiencia.)*

El negocio es el negocio, papá. Tus que-  
haceres te absorben, en tanto que mamá,  
ha llegado el momento de decírtelo, no  
tiene más perro que azotar que a mí. Me  
libraré muy bien de echarte la culpa. Es-  
toy seguro de que en cuanto yo te fuera  
con el soplo, me protegerías. Poquito a  
poco, ya que lo exiges, te iré poniendo al  
corriente de lo pasado. Verás si exagero

y si tengo memoria. Pero ahora, papá, te  
ruego que me aconsejes. Quisiera sepa-  
rarme de mi madre. ¿Cuál sería, en opinión  
tuya, el medio más sencillo?

EL SEÑOR LEPIC

No la ves más que dos meses al año, por  
vacaciones.

ZANAHORIA

Debías consentir que las pasara en el  
colegio. Así adelantaría.

EL SEÑOR LEPIC

Ése es un favor reservado a los alumnos  
pobres. La gente creería que yo te aban-  
donaba. Y luego, no has de pensar sólo en  
ti. Por lo que hace a mí, iba a quedarme  
sin tu compañía.

ZANAHORIA

Vendrías a verme, papá.

EL SEÑOR LEPIC

Los viajes por gusto cuestan caros, Zanahoria.

ZANAHORIA

Aprovecharías tus viajes obligatorios. Darías un rodeillo.

EL SEÑOR LEPIC

No. Hasta aquí he venido tratándote lo mismo que a tu hermano y a tu hermana, cuidando de que para nadie haya privilegios. Así he de seguir.

ZANAHORIA

Dejemos, entonces, mis estudios. Sáca-

me del colegio, pretextando que te robo el dinero que gastas, y escogeré un oficio.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué oficio? ¿Quieres que te ponga de aprendiz con un zapatero, pongo por caso?

ZANAHORIA

A eso o a otra cosa. Podría ganarme la vida y ser libre.

EL SEÑOR LEPIC

Llegas tarde, Zanahorita mío. ¿Crees que, después de haberme impuesto tan grandes sacrificios por tu instrucción, vas a ponerte a clavetear suelas?

ZANAHORIA

Pues si te dijera, papá, que he intentado matarme...

J. RENARD

EL SEÑOR LEPIC

¡Exageras, Zanahoria!

ZANAHORIA

Te juro que ayer, sin ir más lejos, aun tenía ganas de ahorcarme.

EL SEÑOR LEPIC

Y ahí estás. Luego apenas tenías más que las ganas. Pero al recordar tu suicidio frustrado, levantas la cabeza con altivez. Te imaginarás que la muerte no ha tentado a nadie más que a ti. Zanahoria, el egoísmo te perderá. Tiras de la manta para ti solo. Crees que en el Universo no hay más que tú.

ZANAHORIA

Papá, mi hermano es feliz; mi hermana

ZANAHORIA

es dichosa; y que me aspen si mamá, como tú dices, no siente placer ninguno en jorobarme. Tú, en fin, por tu parte, dominas y te haces temer hasta de mi madre. Nada puede contra tu tranquilidad. Lo cual prueba que en la especie humana hay gente venturosa.

EL SEÑOR LEPIC

Pero, ¡cabezota de especie humana, razones como un adoquín! ¿Puedes ver con claridad en el fondo de los corazones? ¿Comprendes ya todas las cosas?

ZANAHORIA

Las cosas mías, sí, papá; por lo menos, trato de comprenderlas.

EL SEÑOR LEPIC

Entonces, Zanahoria, amigo mío, renun-

cia a la felicidad. Te aviso que nunca has de ser más feliz que ahora; ¡nunca, nunca!

## ZANAHORIA

¡Bonito porvenir!

## EL SEÑOR LEPIC

Resígnate, blíndate hasta que seas mayor y dueño de ti mismo y puedas libertarte, renegar de nosotros, cambiar de familia, ya que no de carácter y de humor. De aquí a entonces, trata de dominarte, ahoga tu sensibilidad y observa a los demás, aun a los que viven más cerca de ti; será cosa divertida: te prometo sorpresas consoladoras.

## ZANAHORIA

Claro que los demás han de tener sus penas. Pero ya los compadeceré más ade-

lante. Hoy reclamo justicia por cuenta propia. ¿Qué suerte no ha de ser preferible a la mía? Tengo madre, y esa madre no me quiere, y yo no la quiero.

—Y yo, ¿te figuras que la quiero?—dice en tono brusco el señor Lopic, impaciente.

Al oírle, Zanahoria levanta los ojos hacia su padre. Mira despacio su rostro duro, su barba espesa, en que se ha escondido la boca, como avergonzada de haber hablado en demasía, su frente surcada, sus patas de gallo y sus párpados caídos, que le dan aspecto de dormido hasta cuando anda.

Por un instante, Zanahoria se priva de hablar. Teme que su alegría secreta, que la mano de que se apodera y retiene casi a la fuerza, se vayan volando.

Luego aprieta el puño, amenaza al pue-

blo, adormilado allá lejos, en tinieblas, y le grita con énfasis:

—¡Ah, mala mujer! ¡Ya estás aviada! ¡Te aborrezco!

—¡Cállate!—dice el señor Lepic.—Después de todo, es tu madre.

—¡Oh!—contesta Zanahoria, recobrando sencillez y prudencia;—no lo digo porque sea mi madre.

## EL ÁLBUM DE ZANAHORIA

### I

Si un extraño se pone a hojear el álbum de fotografías de los Lepic, no deja de asombrarse. Ve a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor, en distintas posturas: en pie, sentados, bien vestidos o a medio vestir, alegres o enfurruñados, sobre ricos fondos.

—¿Y Zanahoria?

—Tenía retratos suyos de cuando pequeño—contesta la señora de Lepic;—pero estaba tan guapo, que me los arrebató.